



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PINTORES NOTABLES

FRANCISCO MASRIERA



Sus innegables dotes de pintor
justa fama le dan.
La firma de Masriera da esplendor
al arte catalán.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Escena doméstica, por José Estremera.—Las razones de la fe, por Luis de Ansoarena.—¿Qué hacemos?, por Manuel Matos.—Cantares, por Ricardo Catarinen.—Las leyes de la historia, por Simón Delgado.—Cicatrices, por Eduardo de Palacio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Francisco Masferrer.—Chicoleros.—Actualidades, por Gilla.



No ha terminado aún la romería de San Isidro, y el que guste verlo por sus propios ojos no tiene más que acudir a la pradera.

La gente fina, la que no quiere ruidos, la que busca el ameno pasatiempo sin exponerse al roce con la *prebe*—que dice un diputado de los más instruidos,—escoge los días de labor para celebrar sus fiestas íntimas, y se va a la pradera desde muy temprano con la cesta cargada de provisiones y la mente henchida de halagüeñas esperanzas.

Nosotros hemos visto a una familia respetable comiendo arroz con conejo a la sombra de un chopo, y aun hemos sido invitados a participar del festín.

¡Qué hermoso cuadro!

La mamá guisaba el arroz, con sonrisa placentera, después de haber improvisado una cocina en el santo suelo; el papá, en mangas de camisa, mondaba unos calabacines para hacer pisto, y dos elegantes señoritas, fruto de aquel matrimonio campestre, aunque feo, tarareaban el tango de la «mulata Trinidad» tendidas sobre la arena, como si fuesen dos costales armoniosos.

Cerca de ellas hallábase un joven chato, con patillitas, la frente espariosa y el cutis salpicado de granitos rojos, a manera de lluvia fecundante. De pie, arrodado al chopo, contemplaba con delicia la cazuela del arroz y dirigía frases ingeniosas a la improvisada cocinera.

—Vamos, D.^a Walda; despáchese usted, que tengo más apetito que un sastrero manco—decía aparentando desesperación.

El esposo de la aludida, que, con perdón sea dicho, se llamaba D. Cristeto, quería conservar la circunspección que debe poseer todo padre, especialmente en el campo, pero aquel demonio de Nicanor era capaz de hacer reír a un santo de piedra.

¿Que quién era Nicanor?

Un joven soltero, empleado con 6.000 reales en Gobernación, alocado, bronquista, algo chulo él, constante concurrente al teatro de Eslava, novio de una aguadora del Prado, hijo de viuda y escrofuloso por temperamento.

Peró D.^a Walda y su esposo le han visto nacer, y aun conociendo todas sus faltas, sienten por Nicanor una gran simpatía.

—Es una mala cabeza—suele decir D. Cristeto,—pero tiene muy buen corazón. Siempre que va a nuestra casa sale con algo entre las uñas, pero no hace más que empeñarlos y enseguida nos manda la papeleta por el correo interior. Una de las veces que estuvo a vernos, se nos llevó un colchón de muelles, con ayuda de la criada; otra vez cargó con un barreño, y así sucesivamente.

¿Cómo era posible que a una comida de campo organizada por D. Cristeto dejase de asistir el joven Nicanor?

Aparte de su alegría natural, que comunica a cuantos tienen el gusto de tratarle, Nicanor es necesario en toda fiesta campestre, porque a lo mejor surge una *bronca*, y él es hombre muy templado, que se juega la vida seis o siete veces a la semana.

Ya se lo había dicho D. Cristeto a su señora:

—Hay que convidar a Nicanor, por varias razones; la primera porque es muy simpático y baila muy bien, y la segunda porque no estamos libres de que alguien quiera meterse con las niñas, y ya sabes cómo es. En cuanto le hablan un poco fuerte, ya está repartiendo leña con el bastón de hierro.

Y hé aquí explicada la presencia de Nicanor en la pradera de San Isidro.

Mientras duró la comida, las niñas se limitaron a despachar el arroz y el pisto y la ensalada de lechuga; pero terminada la operación, comenzaron a cantar habaneras y a entregarse a todo género de regocijos. Una saltaba a la comba, mientras su hermana pretendía embadurnar la cara de Nicanor con el hollín de la cazuela. Este se defendía, corriendo velozmente, hasta que en una de sus evoluciones tropezó con el pie de un guardia civil, que parecía el sombrero de un cura, y fué a caer de bruces encima de una cazuela de guisado.

Los que rodeaban la cazuela se pusieron furiosos, y Nicanor, como tenía aquel genio, les mandó noramala.

—¡Demonio!—dijo D. Cristeto poniéndose en pie.—Ya está armada la bronca.

Y acudió a enterarse.

Peró en aquel momento vió llegar a Nicanor con la nariz chorreando pingue, el traje en desorden y el cuello de la camisa lleno de escabeche de besugo.

A los dueños de la cazuela se les había subido la mostaza a las narices, y para responder a las injurias de Nicanor le habían metido la cabeza dentro de una fuente de guisado.

D. Cristeto y su esposa resolvieron regresar a Madrid, en vista de lo ocurrido, pues una cosa así quita el gusto para todo; y a Nicanor tuvieron que sujetarle, porque quería buscar al de la cazuela y hacer con él un escarmiento.

—Vamos, Nicanor, reprímete. Hazlo por nosotros. Considera que las niñas no están acostumbradas a la efusión de sangre—le decía D. Cristeto.

—¡Brrr!—hacía Nicanor, mordiéndose el dedo índice de la mano derecha.—¡Me lo como!

En esto llegaron los guardias y comenzó el interrogatorio:

—Diga el procesado. ¿Edad, oficio, naturaleza? ¿A qué hora, poco más ó menos, dice el procesado que ha recibido las *manguas*?

Nicanor, en presencia de la autoridad, no tuvo ánimos para responder y se dejó conducir a la prevención, donde lo primero que hicieron fué lavarle la cara con una esponja, a ver si debajo de aquella corteza de escabeche descubrían algún criminal de esos que no encuentra nunca la policía.

¡Qué triste fin tuvo la excursión a San Isidro, organizada por D. Cristeto y demás familia!

¡Y cuántos *valientes* andan por ahí, que se parecen a Nicanor!

¡Se nos ataca! ¡Se nos ofende! ¡Se nos vitupera! etc.

Acaba de ver la luz pública un libro titulado *Calabacines y calabazones*, donde figuramos todos los que aquí vivimos de las letras y las artes.

El autor del libro, que oculta su nombre, saca a plaza nuestras debilidades, y esto no se puede permitir.

Por lo cual, estamos en el caso de promover un alboroto como el del Congreso.

Aunque, por mucho que escandalizáramos, nunca podría llegar a la altura de nuestros respetabilísimos diputados a Cortes.

LUIS TABOADA.

ESCENA DOMÉSTICA

—¿Se puede entrar?
—Adelante.
—Buenos días.
—Buenos días.
—¿Qué desea usted?
—Yo vengo....
Me han dicho que necesita usted muchacha....
—Sí. ¿Quién le manda a usted?
—Una amiga que sirve aquí en el tercero, en casa del prestamista.
—Síntese usted.
—¿Su nombre de usted?
—Francisca, pero que me llaman Paca, por mal nombre, desde niña.
—¿Cuántos años tiene usted?
—Pues.... no sé la cuenta fija; pero han de ser diez y siete, ó veintisiete.... Se olvida una.... ¡Como cuando nace es una tan chiquitita!....
—¿De dónde es usted?
—De un pueblo que le llaman Voceguillas, legua y media de Sepúlveda. Allí tengo la familia.
—¿Su estado de usted?
—Muy bueno; yo no he tenido en mi vida ni un mal dolor de cabeza.
—No es eso lo que quería decir. Si es usted casada.
—Soltera, para servirla, por el momento; no sé si mañana ó otro día....
—Pero ¿ya tendrá usted novio?
—Sí, señora, señorita. Es un chico muy decente, militar él, de la quinta del segundo del Infante. Ya ve usted, entodavía no hace un mes que nos hablamos, y aunque ya llevo corridas siete casas desde entonces....
—¡Vamos!
—No hay nadie que diga, con verdad, que él ha faltado en nada malo ni pizca.
—Bueno, ¿y qué sabe usted hacer?
—Yo.... ¡para qué le de mentirla! Sé de todo.
—Eso me gusta.
¿Cose usted?
—En ropa fina.... no, señora, la verdad; no coso más que la mía.
—¿Y planchar?
—¡Ay! No, señora, planchar no; se necesita sudar mucho, y yo no puedo.
—(Pero ¿qué sabrá esta chica?) ¿Y labores?
—Eso sí....
—¡Ya!
—Eso sí que no podría. ¡Como no me han enseñado!
—¡Está claro! ¿Y de cocina?
—De cocina, sí, señora.... Vamos, que si se origina hacer chocolate, ó sops de aceite, ó una tortilla....
—¡Vamos!
—Ó unos huevos fritos.... Ahora, de repostería

y así de guisos de fonda
no sé hacer nada.

—Pues, hija,
¿sabe usted bastante? ¿Y cuánto
gana usted?

—Pues... yo entraría
para todo.

—¿Para todo?
—Si es que no hay mucha familia.
Yo he ganado siete duros,
por ocho me quedaría,
si voy á la compra.

—No.

—Entonces diez.

—Pues, querida,
no me sirve usted.

—Lo siento.

—No es usted lo que quería.

—Bien, pues no hay nada perdido.
Y usted dispense.

—(¿Qué niña!)

—No se moleste, ya sé
salir.

—Adiós.

—Buenos días.

JOSÉ ESTREMEIRA.

LAS RAZONES DE LA FE

I

—No me puedes convencer,
si amorrar mi ilusión....
—Corres á tu perdición....
—(¿Si es ateo!)—(¿Si es mujer!)

—¿Qué triste cosa vivir
con esas dadas!—¿Qué empeño!
Mucho más triste es el sueño
de dichas que han de morir....
—¿Dios?—No existe.—¿La virtud?
—Tampoco.—¿El amor?—Un nombre
vano.... ¡Siempre ha visto el hombre
placer en la esclavitud;
y, sin pensar en la pena
que traen tales invenciones,
unió esos mil eslabones
y ha formado una cadena
que su mucha necesidad
le echó al cuello.... y de este modo
vino á ser siervo de todo
por su propia voluntad.
¿Qué inconcebible modestia
desconocer su valor,
y el que pudo ser señor
ir bajando hasta ser bestial!
¡Renunciar á su albedrío,
y con entusiasta anhelo
mirar arriba.... á ese cielo
que es cielo.... porque es vacío!...
¡Y entre gangosa oración
y escrúpulos de conciencia,
abrir á nuestra existencia
las fuentes de la aflicción!

—No me puedes convencer,
teniendo fe, vivo en calma....
—¿Sólo hay material!—¿Hay un alma!
(¿Si es ateo!)—(¿Si es mujer!)

II

—¿Tu casa?—Sí.—¿Temes?—¡No!
—¿Crees en él?—Como en mí....
—¿Piensas ser dichosa?—Sí!
—¿Te dió pruebas?—Me las dió....
—Aguarda....—¿Qué he de aguardar?
—¿Y si un hipócrita fuera?
—¿Un hipócrita, y me espera
de hinojos ante el altar!
—Todo pasa....—No lo creo....
—Estás loca....—Puede ser,
pero voy....—(¿Al fin, mujer!)

¡Pobrecilla!—(¿Al fin, ateo!)

III

—¿Y ahora?—Sufro su falsía....
—¿Resignada?—Resignada....
—¿Y ves cómo todo es nada?
—Yo tengo fe todavía....
Voy de algo más grande en pos,
aunque mi anhelo te asombre....
¡que si he visto hundirse al hombre,
no he visto que se hunda Dios!...
—¿Después de tu triste suerte,
aun tu fe no está perdida!...
—¿No hay un infierno en la vida?...
—Pues habrá un cielo en la muerte!

LUIS DE ANSORENA.

¿QUÉ HACEMOS?

AL SEÑOR DON LUIS TABOADA

Hay que pensar, querido compañero, en buscar otro oficio.
Este que traemos de escribir para el público á cambio de un
pedazo de pan se pone cada vez peor.

Ya sabes lo que ocurre: los gobiernos nos tienen en poco, las
gentes nos atribuyen todas las malas pasiones imaginables, y
como último resultado, el pedazo de pan susodicho nos le dis-
putan unos y nos le quitan de la boca otros.

A estos últimos, sobre todo, les tengo declarada guerra á
muerte, pero soy solo en la lucha. Los ladrones son muchos, y
prefiero retirarme y dejar que el campo de las letras se convier-
ta en un presidio suelto, á ver impasible que nos despojan de lo
nuestro.

Los que á eso se dedican son testarudos cuando menos: no
hay medio de meterles en la cabeza que lo que producimos es
nuestro, como lo es de cada hijo de vecino el resultado de su
labor, y así como no habría más remedio que renunciar al uso
de reloj si cada vez que saliéramos á la calle nos quitaran el que
llevamos, así será preciso dejar de escribir si lo que escribimos
ha de ser utilizado por los desvergonzados que viven de eso.

Lo peor, como te digo, es la censurable indiferencia con que
presenciamos estas usurpaciones, porque hace poco ponía la
prensa el grito en el cielo porque allá en Sevilla había estable-
cido sus tiendas para robar el famoso *Niño de Brenes*, y en toda
España se están robando á diario artículos y poesías y dibujos,
sin que nadie se queje ni lance al viento la menor queja.

¿Y qué sucede con esta incuria? Que los *tomadores* literarios
se crocan, creen poco á poco que lo que hacen, antes que vitu-
perable es meritorio, y ya no se esconden, ni creen que hay para
qué, al despojarnos.

¿Y cuidado con que te quejes! ¡Sí, sí, buena la haces! Porque
entonces se les ocurre á esos señores echársela de caballeros y
te envían padrinos, ó amenazan tu vida si no te dejas usurpar
con la mayor mansedumbre.

Verás lo que me sucedió el año pasado con un señor de Bar-
celona, cuyo nombre no recuerdo ó no quiero recordar.

Fundó el tal una Revista literaria á razón en que yo andaba en
tratos con Fernández de la Reguera, y al publicarse el segundo
número, me escribió una carta en que me llamaba su *amigo* y
correligionario (cuando ni yo le he visto nunca, ni sabe él que
religión es la mía), y me decía que para el número tercero ha-
bía tomado un artículo mío, y que me lo avisaba para que no hi-
ciera con él lo que había hecho con otro semanario catalán. Esto
es, quejarme.

Contesté á correo seguido que no quería que publicara nada
mío, puesto que, siendo mío, yo sólo podía hacer de ello lo que
me pareciera conveniente, y que con sólo avisarme no adquiría,
ni mucho menos, derecho alguno á mis escritos.

¡Ay, Luis de mi vida! ¡Con qué carta me contestó mi querido
amigo y correligionario! ¡Qué indignación la suya! Me decía que
aprendiera educación (sin duda en algún presidio, donde es cosa
corriente eso de tomar lo ajeno), que midiera bien mis palabras
otra vez (¡vamos, que le había yo faltado al respeto!) y que de-
masiado hacía el con publicar mis escritos, para contribuir á mi
popularidad. O para que te enteres mejor: que él había empen-
dido la publicación de una Revista, y desde el tercer número
quería emprender la tarea de darme á conocer, á mí, que hace
veinte años ando rodando por periódicos, revistas, bibliotecas y
escenarios.

Comprendí que si seguía yo en mis trece, era el otro capaz de
tomar el tren y venir á castigar por mano propia mi insubordi-
nación, y adopté el prudente partido del silencio.

Pues esto está sucediendo cada lunes y cada martes.

Calcula tú que el otro día llegó casualmente á mis manos un
ejemplar de otra biblioteca que ha comenzado á publicarse en
Barcelona (parece ser que allí es eso cosa corriente), con el pro-
pósito también, así lo creo, de darnos á conocer del público á to-
dos los que vivimos del trabajo literario.

Titúlase la tal *El Mundo Cómico*; está cuajada de dibujos de
Cilla y de otros, de epigramas, cantares y anécdotas tomados de
sabe Dios dónde, de poesías de diversos autores, y por fin, de ar-
tículos en prosa, tuyos, míos, de Eduardo de Palacio.... vamos,
de todos los que hacemos ese género de trabajo.

¿Has cobrado tú tus escritos? ¿Los ha cobrado Eduardo? ¿Los
han cobrado los demás? ¿Habéis sido consultados siquiera? Yo de
mí sé decir que ni lo uno ni lo otro, y me atrevo á creer que á
todos nos suceda lo mismo.

—Eso sí, el que nos saca á luz en ese *Mundo Cómico* es por lo
menos pudoroso, no da su nombre, ¡vamos! que ha emprendido
el negocio con cédula falsa. Se llama, según me dicen, *Emilio
Martín Galt*, y al frente de la biblioteca hace un anagrama de
su apellido y figura llamarse E. NITRAM G.

El hombre ha emprendido su negocio haciendo la competen-
cia como la hacía el escobero de marras. Lo toma todo y no tie-
ne que pagar más que la tirada, si la paga.

—Claro está! ¿Quién compite con él? El MADRID CÓMICO, la
biblioteca *Para todo el mundo*, la *Semana Cómica* tienen mayor
presupuesto, puesto que pagan los trabajos á sus colaboradores;
el amigo *Nitram* hace la guerra á todos esos con cuatro cuartos
ó sin ellos. Espera á que se publique algo nuestro y á que otros
nos lo paguen, y entonces él lo toma, lo vuelve á imprimir y lo
vuelve á vender y.... ¡vamos viviendo!

El caso es que lo que sobra en el gremio literario es gente que
dá gratis sus escritos, y aun que den dinero por verlos publica-
dos. ¿Por qué no acuden á ellos? No, señor, parece que no les
sabe bien si no es robado, y echan mano de lo tuyo, de lo de
Palacios, Sierra, Cavia, Ramos, Vital, Sinesio, Gil, Estremera,
Gonzalvo, Silva, Zúñiga, Estraña, Ortiz, y de paso que se comen
lo que unos y otros suñamos, nos dan á conocer.

—¿Cómo nos las compondríamos para hacer comprender al se-
ñor *Nitram* y demás *protectores* que deseamos vivir en la oscu-
ridad, que no queramos popularidad alguna, que nuestra mesa
es como el banco del carpintero, y la pluma, el papel y la tinta
las herramientas con que trabajamos, y nuestros escritos el ma-
terial que vendemos á cambio de dinero, que es desgraciada-
mente un artículo de primísima necesidad?

Porque si el comercio estuviera como entre los fenicios, y cada
vez que nos toman un artículo nos envían un corte de pantalón,
ó media docena de camisas, ó un jamón, con chorreras ó sin ellas,
ó una caja de tabaco.... ¡vaya! nos resignaríamos; pero puesto
que nos piden en el comercio el valor de las ropas con que nos
cubrimos y de la comida con que nos alimentamos, ¿qué razón
hay para que no nos paguen lo que vendemos?

—Vamos! Yo estoy á matar con esto, y me duele ver la indife-
rencia con que muchos de los compañeros de oficio toman estas
cosas.

—¿Por qué no nos agremiamos? ¿Por qué no establecemos un

CHICOLEOS



—Lo que yo busco en las mujeres es la honradez, señá Marcelina, y ustedé tié que ser honrá de toas maneras....



—Ya habrás oído tú decir que los militares nos pirramos por las chicas buenas, ¿verdá? ¡Pus ahora vas á verlo prácticamé!



—Me estoy quemando, hija mía.
—Hombre, ¡qué cosa tan rara!
—Es que tiene ustedé una cara como el sol de Andalucía!



—En cada hojita de esas va un pensamiento mio.... ¡Un mal pensamiento, cómo puede ustedé figurarse!



—El hombre ha nasío pa jaser cosquiyas á los toros, y pa camelar á las mujeres.... y vicien-versa; ¿entiende ustedé, salero?



—¡Vamos, que te mascaba!



—¡Va por los chicos simpáticos como el presente!

sindicato, ó una guardería, ó una vigilancia subterránea, ó algo, en fin, que defienda lo nuestro? No es sensible eso de que paguemos guardia civil y de orden público y municipal, y que no nos aproveche para lo que necesitamos?

Pues si yo hubiera sabido que los años que vengo trabajando para hacerme agradable á los editores y empresas periodísticas habían de tener por premio que se aprovecharan de mi trabajo, ¿crees tú que hubiera cogido jamás la pluma? ¡Quia! Me hubiera metido en una oficina pública ó en un club de conspiradores, y á estas fechas, en vez de una mala capa y varias papeletas de empeño, tendría gabán de pieles y coche propio, acciones del Banco y hartazgo de comodidades y placeres.

¿Cuánto majadero ha pasado á mi lado y se ha hecho hambre mientras yo he estado emborronando cuartillas hasta cerca de la madrugada, perdiendo la vista, gastando mis escasas facultades y viviendo al día, y á veces con retraso!

Por eso te consulto. ¿Qué te parece que hagamos? Aunque es algo tarde, ¿quieres que metamos la cabeza en la política fructífera?

Gobernadores no lo podremos ser, porque no tenemos bastante estatura; ya sabes mi opinión de que esos cargos los dan á los buenos mozos; pero ¿no podríamos ser concejales, ó empleados en Cuba ó Filipinas, ó contratistas de algo, ó corredores de negocios, ó algo, en fin, de eso que pone á un hombre camino de la comodidad y de la abundancia?

¿Si sacaran á oposición las plazas de sobrino de ministro!

Porque yernos ya no lo podemos ser. ¡Es tarde!

En fin, ¿qué haríamos? La cosa urge, porque hace falta abrazar nuevo oficio el mismo día que dejemos el que tenemos.

A menos que tú tengas economías hechas. ¿Las tienes? ¡Yo no! Tuyo hasta la tumba,

M. MATOSÉS.

CANTARES (*)

Yo creo, serrana,
que habrá poesía
mientras haya cantares gitanos
en Andalucía.

Cuando niña vendió flores,
cuando joven su inocencia,
y ahora está vendiendo vírgenes
á la puerta de una iglesia.

Á la orilla de aquel río,
cerca de aquellos pinares....
no te sofoques, ¡te juro
que no lo ha sabido nadie!

¿Quién tendrá la esperanza
de un amor cierto
mientras haya campana
qué toque á muerto?

Lola, que es muy envidiosa,
va diciendo á todo el mundo
que Juanita viste poco,
pero se desnuda mucho.

Si el azúcar es muy dulce
y muy dulce la mujer,

una mujer con azúcar
¡qué dulce debe de ser!

Las dos frases que en España
hemos profanado más
han sido: ¡Viva tu madre!
y ¡Viva la libertad!

Los cielos y los infiernos
están juntos en la tierra.
¡Qué más infierno que amarla!
¡Y qué más cielo que verla!

¡Cómo nieva, vida mía!
Pero ¿y á mí qué me importa
mientras estás á mi lado
con el verano en la boca?

Se ríe de los que rezan.
¡Cuánta lástima me da,
porque no ha tenido madre
que le enseñara á rezar!

Si has llegado á general,
ha sido porque no tienes
nada de particular.

Cantares gitanos,
os llevo en el alma.

¡Aquel angelito, que ya se me ha muerto,
qué bien los cantaba!

RICARDO CATAINEU.

LAS LEYES DE LA HISTORIA

Bajo el brillante sol del Mediodía,
que difunde el placer y la alegría
y cubre la pradera
con alfombras de flores,
y alumbrá unas mujeres de primera
y excita á la pereza y los amores,
se enervan los espíritus, la raza
decae y se afemina
y adquiere con el vicio que domina
muscultura de papel de estraza.
Y siempre ha sido así. Pero un resorte
movido por extraña y hábil mano

* Del precioso libro que con el título de *Procedimientos para la perfección de la poesía* se publica en N. de la V.

arroja sobre el monte y sobre el llano
las hordas de los bárbaros del Norte,
rudos, fuertes, salvajes,
que se alimentan con la carne cruda
y llegan sin más armas ni equipajes
que toscas mazas y la piel desnuda.

Pelean como el viento que se lleva
las hojas secas del jardín florido
y presta al viejo tronco carcomido
gérmenes nuevos con la savia nueva.

No queda ni una piedra donde estaba,
pero callan clarines y bocinas,
y sobre el pueblo débil que se acaba
surge un pueblo viril entre las ruinas.

Poco tiempo después, los invasores
se dejan dominar por los sentidos,
se entregan al placer y á los amores,
y quedan como estaban los vencidos....

Yo no entiendo estas leyes
que rigen á los pueblos y á los reyes....

Porque esas invasiones
que vienen á dar vida á las naciones,
necesarios injertos
que, aunque traigan rigores excesivos,
fortalecen la sangre de los vivos
con la sangre caliente de los muertos,
pueden tener objetos diferentes.
¿Cuál se logra alcanzar de estas dos cosas:
vigorizar las razas decadentes,
ó afeminar las razas vigorosas?

SINESIO DELGADO.

CICATRICES

- ¿Estará aquello....
—Desconocido. Ya tú ves que no falto de Madrid más que veinte años, y apenas si conocía las calles.
En la de Alcalá, esquina á la de Sevilla, están haciendo un cosmorama para *La Equitativa*.
—¿Y qué es eso?
—Una Sociedad de seguros contra la vida.
—¿Contra la vida?
—Sí, mujer; quiere decir que te aseguras allí y no te mueres jamás.
—¿Y tú te has asegurado?
—Yo no. Luego, el día que no hay carreras, hay corridas.
—¿Qué, ha habido motines?
—No; carreras de caballerías y corridas de toros. ¡Y cómo está Sagasta! ¡Yo que no le había vuelto á ver desde la Revolución!...
—¿Qué?
—Parece otro. Todo ha variado. Martos se ha dejado la barba, y Manuel Calderón se ha afeitado.
—¿Y el Santo?
—Bueno.
—No digo eso.
—Ya ves tú, después de lo que ha sufrido.... Porque le han apedreado varias veces, y aun recuerdo que le afusilaron hace veinte años, porque daba lluvias.
—Digo que si sus habéis divertido.
—Mucho. Este año han ido á Madrid hasta chinos naturales. Vi á un pelotón que parecía de silbatos del Santo, y me dijeron allí que era una comisión que había ido á la Corte á no sé qué del Mapa Mundi.
—¿Y has visto al gobernador?
—Sí, le he visto.... de lejos.
—¿Y al ministro?
—Ni con papeleta.
—¿De manera que has perdido el viaje?
—No, perderle no, que lo que he perdido ha sido la cartera con cincuenta duros.
—¿Infame!
—No, no te apures, mujer, no está perdida del todo.
—¿Canalla!
—No, sí.... Lo que siento es tu fotografía, que como nunca se aparta de mí, la llevaba encima y....
—¿Cincuenta duros! ¡El porvenir de este hijo!
—No, mujer, no; si los cincuenta duros se los cargo yo al Municipio del pueblo, y en paz.
—¿Cincuenta duros!
—Vaya, no hablemos más de eso; peor hubiera sido que me atropellase un tranvía, ó que me cortaran el cuello.
—No lo creas.
—Para ti no; para mí, desde luego.
—¿Y qué has hecho de la colocación del chico?

—¿El chico? Sí, el chico se colocará en.... San Isidro.
 —¿Eh?
 —No, mujer, no, que se colocará, según me ha asegurado en San Isidro uno de los ministros.
 —¿Y de lo mto?
 —No pude comprar mas que el corte de vestido.....
 —¿Y dónde está?
 —Eso es lo que yo digo, ¿dónde está?
 —¿Se ha perdido?
 —No sé cómo, pero.....
 —¿Le llevabas también en la cartera?
 —No, si tengo sospechas de las chicas de la casa.
 —¿De las chicas?
 —Sí, de las chicas sirvientas del hotel donde iba a pasar la noche.
 —¿Qué desgraciada soy!
 —¿Toma! Peor es lo del veterinario.
 —¿Qué?
 —Nada, que al hijo le han saltado un ojo en la Pradera con un botijo; le metieron el pitorro.
 —¿Ay! ¡Qué bárbaros!
 —Allí es cosa corriente.
 —Sois unos canallas, unos sinvergüenzas.
 —Mujer, no me faltes ni te precipites. Si tú fueras a Madrid, lo que Dios no permita, ¿sabes tú cómo vendrías?
 Por lo demás, los forasteros se han divertido.
 ¡Buenos días! Sol espléndido, juicio oral y sinnúmero de diversiones.
 No les ha faltado más que la ejecución de un reo para que fuera completa la *juerga*.

EDUARDO DE PALACIO



Tengo el honor de participar á los interesados que desde hoy quedan disponibles algunas colecciones encuadradas de 1883.

Reimpresos tres números, hemos podido completar siete tomos de dicho año y.... ahora tenemos que seguir reimprimiendo, tarea que, por cierto, nos cuesta un ojo de la cara.

De los siete tomos, tres salen en el correo de hoy con destino á los ciudadanos que los habían pedido y pagado anticipadamente. Los cuatro restantes se enviarán enseguida á los primeros que remitan el importe, entre los muchos que han avisado que desean poseerlos.

Dense ustedes, pues, por advertidos.

Déjate de floriqueos
 y anda, vé y dile á tu madre
 que no me caso contigo
 por *aquello* que tú sabes.

Á falta de pan, buenas son tortas.

Y como no tenemos asuntos de qué tratar, porque no es cosa de hablar de la actitud de Martos en el Congreso, copio á continuación unas cuantas *pequeñeces* que forman parte del programa de la función á beneficio del Coro de Esclava.

Los autores y el susodicho Coro no se han de incomodar por eso. Allá van:

Conste á las chicas del Coro
 que las amo y las adoro.
Un teniente de Artillería.

¿Con quién se confesarán las coristas? ¡Porque deben contar unos lances muy entretenidos!

Un teniente.... cura.

Aunque por ella me pierda,
 yo me muero por Facunda,
 que es la que está la segunda
 empezando por la izquierda.

Un abonado á la primera fila.

Yo también amo á Vicenta,
 sin saberlo mi parienta....
 ¡y si me falta, la rajo!

*El bumbero que se sienta
 al lado del contrabajo.*

¿Les gustará tanto á nuestras mujeres el Coro de hombres como nos gusta á nosotros el Coro de mujeres?

Un filósofo que procura dar la el clavo.

Encantadora Conzuelo:
 Aquí está un sistemazino
 que por tí se encontrará lelo.
 ¡O me amaz ó me azerino!

Uno del palco entresuelo.

Libros:

Pera y manzano se titula el último libro publicado por la casa Gutiérrez y Compañía. Es una colección de artículos y poesías alegres, que lleva la firma de *Pentapólin*. Precio, 4 pesetas.

Hijas de la muerte, poesías póstumas del malogrado poeta D. A. Nerón, de indiscutible mérito. La lectura de esta obra produce el convencimiento de que las letras patrias han perdido un buen escritor. Al libro acompaña un retrato de D. Isaac Peral, á quien está dedicado.

El amor de Ella, lindísimo poema de D. Luis Alcaraz, que hace gala en él de primorosa versificación y de inspiración verdadera. El folleto forma parte de la biblioteca de nuestro colega *Don Quijote*, y se vende á peseta.

Cartago. Tomo segundo de la *Historia de las naciones*, que publica la conocida empresa *El Progreso Editorial*. Esta obra, de A. J. Church, traducida por D. Francisco Fernández y González, es de grandísima importancia, y está editada con un lujo desconocido en Madrid. La recomendamos muy eficazmente. Cuesta el tomo, magníficamente encuadrado, siete pesetas.

El rey de París, novela de Luis Létang, traducida por D. Pedro Sánchez-María, y publicada por la empresa *La España Editorial*. Precio, 3 pesetas.

Cantos, romances y leyendas, del notable poeta navarro D. Arturo Cayuela Pellizari, premiados en distintos juegos florales. Precio, 2 pesetas.

Calabacines y calabazones, por *Un hortelano papanatas*. Colección de semblanzas en verso. Precio, 3 pesetas.

Sol, juguete cómico de *Mecachis* y Liminiana.

Una boda en el Albaicín, preciosa descripción debida á la pluma de nuestro colaborador D. Eduardo de Bustamante.

El alma y la tradición, fábulas y cuentos, interesantes y escritos con gran corrección y brillantez de estilo, por D. F. Salazar. Publica esta obra *El Porvenir Editorial*. Precio, 1,50 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Pompeyín.—Plazador cín. Bo-ba-lición.

Sr. D. J. H.—Madrid.—Los cantares son sosos, y el epigrama es una porquería.... del sistema antiguo.

Sr. D. V. N.—Madrid.—¡Qué rebonito!

El chico y el otro.—Entre los dos han hecho ustedes poquita cosa.

Tilín tilín.—Tampoco vale mucho, si se ha de hablar con el corazón en la mano.

Sr. D. F. P.—Madrid.—Flojita. *Mayo y callo* son consonantes.... madrileños. Pero no sirven para el resto de la Península.

Púñ.—Bueno, pero el verso «donde el corazón se expansiona» me parece un poquito largo. Y como *ése* hay lo menos diez en la composición.

Fray Velón.—¡Dale con los reseñamientos! No, hombre; lo que hay es que me parece que sirves más para criticar que para hacer versos. Lo cual le pasa á mucha gente.

Cheriso.—Mal se manejan esos endecasílabos.

Betina.—Se aprovechará alguno.

Tizanes.—De esas seguidillas ¡ay! no se aprovechará ninguna.

Gilto.—Eso es más viejo que el decano de la prensa.

M. Oscar Don.—No es de la índole, etc., y además no está bien hecho.

Un Neo-filo.—Creo que exagera usted un poco. Y tenga en cuenta que cuando no hay otro remedio.... Porque hay que estar en el secreto de las cosas.

Cas K. Bel.—Pudiera tener gracia y pudiera tener menos incorrecciones.

E. A.—Digo lo mismo.

Un cómico de Madrid.—Malito también.

Sr. D. J. M.—Zaragoza.—En efecto, la otra no servía, y éstas.... tampoco.

Punto.—No es lo malo que sea larga, que lo es, sino que es muy vulgar también y.... no tiene saliente.

Sr. D. A. R.—Málaga.—Tampoco eso es nada. Porque ¿dónde está la intención del epigrama? La he buscado en las cinco líneas, y no parece.

Lucifer.—Hombre, francamente, otra vez lo mismo.... es abusar.

Sr. D. E. de B.—Valencia.—Gracias por todo. No veo inconveniente en que envíe el ejemplar ese.

Pin, pan, pun.—¡Válame la Macarena, y qué guasones son algunos sevillanos!

Caniselo.—Sin que usted lo diga, ya se ve que eso es «pequeña obra de una cabeza de poco talento.»

K. Cho.—¿Que si son publicables? ¡No!

El moreno.—Eso es una tontería, y perdona, vida mía.

Sr. D. M. S.—Sanlúcar.—No sirve ninguna.

Careta.—Sí; tápese usted en seguida la cara con la careta, porque el hacer esos versos le tiene que dar vergüenza.

ACTUALIDADES



— Pues mire usted, eso del impuesto sobre la renta sería muy beneficioso para nosotros.
 — No lo entiendo.
 — Sí, señor; porque nos escapábamos sin pagar el impuesto.

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: BORTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELBADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven bajo certificado, á vuelta de correo.